



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
revistaaffectiosocietatis@udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
Colombia

2024
Hanns Sachs
La génesis de las perversiones
Revista Affectio Societatis, Vol. 21, N. ° 41, julio-diciembre de 2024
Clásico (pp. 1-14)
Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

CLÁSICO DEL PSICOANÁLISIS



LA GÉNESIS DE LAS PERVERSIONES¹

Hanns Sachs²

DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.affs.v21n41a11>

Sabemos por los “Tres ensayos para una teoría de la sexualidad” de Freud que la perversión significa el predominio {*Durchsetzung*} de una pulsión parcial desarrollada con suma intensidad que, en lugar de satisfacerse en el placer preliminar, traslada el primado que tiene lo genital en el desarrollo normal a otra zona erógena que no concuerda con ese fin sexual. Lo acertado de este punto de vista queda confirmado por todas las experiencias posteriores, sin restricción ni modificación alguna. De todos modos, el trabajo y el interés sostenido por el psicoanálisis en cuanto a las perversiones ha suscitado nuevos problemas que demandan precisiones adicionales.

Una estructura común

Lo más importante de estos problemas se traduce en la triple pregunta por el lugar de la perversión en relación con el complejo de Edipo, el inconsciente y la represión. En verdad, solo se trata de una única pregunta que se puede formular de manera diferente si es considerada desde el punto de vista del material clínico o desde la tópica psíquica. Freud también en esto nos señaló el camino, mostrando por primera vez en “Pegan a un niño” que nuestra comprensión de la perversión es muy incompleta mientras ese complejo nuclear no sea suficientemente tomado en cuenta y considerado como referencia legítima.

1 “Zur Genese der Perversionen”. Publicado por primera vez en la *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, IX (1923, pp.172-182). La versión española que aquí se reproduce es de Gabriel Lombardi.

2 Hanns Sachs (1881-1947) nació en Viena y fue uno de los primeros psicoanalistas y un amigo cercano de Sigmund Freud. Hizo parte de la Sociedad Psicoanalítica de Viena y, en 1939, fundó la revista *American Imago*, publicada hasta la actualidad por la Editorial de la Universidad Johns Hopkins en Baltimore, Estados Unidos.

A la luz de un caso particular se podría constatar que realmente se trata de resultados del complejo de Edipo: la pulsión parcial hiperintensa nunca se continúa directamente hacia la perversión, sino que debe, como un haz de luz a través de una lente, atravesar el complejo de Edipo, obligándonos a determinar el ángulo de refracción y a extraer de allí nuestras conclusiones. Esto es congruente con que la satisfacción perversa queda anudada regularmente a condiciones muy estrictas y con frecuencia bizarras, que en su peculiaridad superan ampliamente las exigencias de una pulsión parcial, y no pueden ser esclarecidas solamente por el hecho de que esta imponga su predominio. A esto se agrega que las pulsiones parciales, en cuanto pertenecen a un período muy temprano de la organización sexual, como por ejemplo el oral, el sádico-anal o el narcisista, solamente en muy raras excepciones predominan en la perversión en su forma antigua, sin objeto (autoerotismo o narcisismo primario); casi siempre lo hacen luego de una elaboración que las ha llevado a un estadio superior y ha posibilitado una investidura normal de objeto — en algunos casos merced a un desarrollo psíquico de los más refinados —.

Si partimos ahora de la frase “la neurosis es el negativo de la perversión” —que significa que en la neurosis estarían las mismas fantasías, reprimidas y patogénicas, determinantes de la formación de los síntomas, que al perverso le proporcionaron un placer consciente— es necesario plantearse la pregunta por la relación de la perversión con el inconsciente. Pues está claro que la perversión, aunque sea susceptible de conciencia, es como una isla que solo constituye la punta de una enorme masa montañosa que se extiende por debajo de la superficie del mar. El perverso no constituye una excepción de la amnesia infantil que estamos acostumbrados a considerar como cicatriz del gran procedimiento de represión dirigido contra la sexualidad infantil. Y el análisis de una perversión nos conduce hacia el material psíquico inconsciente con la misma necesidad que el análisis de una neurosis. También aquí permanece intacta la rectitud de la frase expresada por Freud, pero debemos reconocer que no agota el estado de la cuestión.

El mejor punto de partida consiste en poner de relieve la siguiente oposición: en un caso la fantasía mantenida bajo represión logra impo-

nerse a costa de la instancia de la represión, pero solamente es experimentada como un síntoma neurótico, ajeno y hostil al yo, mientras que en el otro caso permanece susceptible de conciencia, es decir que permanece en el sentido más amplio conforme al yo y saturado de placer (*lustvoll*)³. Esto se hace aún más claro cuando pasamos de la perversión en cuanto construcción teórica de composición insegura, al material clínico mismo tal como nos lo proporciona la observación inmediata. Podemos contrastar entonces la satisfacción perversa —obtenida por un acto o por la fantasía indistintamente— con el síntoma neurótico. Pero si abstraemos el signo opuesto de placer que los especifica, ambos tienen mucho en común: son retoños de la vida sexual infantil que en ambos casos fue casi completamente superada y reprimida; a m b o s son restos relativamente insignificantes de un gran proceso de desarrollo, representantes conscientes de pulsiones y destinos de pulsión inconscientes; ambos son intensificaciones y reforzamientos de procesos que también tienen lugar en la vida anímica normal.

Del síntoma neurótico sabemos, además, que debe ser soportado y tenido en cuenta por la conciencia porque representa, por así decir, la posibilidad de establecer un equilibrio dinámico, cuando se ha instalado una discordancia entre el yo y lo reprimido. ¿Habrá condiciones similares en el caso de la perversión?

Viñetas clínicas

Primero veremos si al gran parentesco en la estructura corresponde una similitud accesible a la observación. Esto parece más atinado en aquellos casos de satisfacción perversa que son admitidos por los individuos solamente a disgusto, en una lucha continua con escrúpulos morales, religiosos o estéticos. También la satisfacción que es alcanzada por una vía conflictiva es placentera, pero ese placer es restringido, en primer lugar, por luchas defensivas agotadoras, y luego por

3 Según un comentario verbal del profesor Freud, el placer sólo puede ser consciente. Placer reprimido como tal no existe; el proceso de represión convierte placer en displacer.

arrepentimiento, vergüenza y autocondena. Nos aproximamos más aún a los síntomas neuróticos en aquellos casos en los cuales se sobrepasan condiciones específicas, por ejemplo cuando la satisfacción encuentra su realización no en la fantasía sino en la realidad, o cuando la víctima de un acto sádico experimenta dolor corporal, mientras que el placer queda anudado a esta condición previa: que la víctima sea privado de él. De esta manera, no se instala indiferencia sino una defensa que claramente tiene el carácter de la angustia, o sea que es muy próximo al mecanismo neurótico⁴.

En un caso muy accesible a la comprensión analítica pude seguir con mucha precisión el pasaje de la fobia neurótica a la satisfacción perversa. Se trataba de una muchacha gravemente neurótica, que sufría bajo el recuerdo de haber golpeado con satisfacción sádica a un niño, siendo ella aún imberbe — por lo demás, jugando, y de un modo completamente inofensivo—. Además, recordaba que tiempo más tarde, poco después de la pubertad, ella misma se golpeaba, a veces, de noche, en la cama, sobre el trasero, percibiendo en ello sensaciones de placer. Esta paciente apenas podía pronunciar la palabra “golpear” y aquellas otras palabras que corrientemente se utilizan para lo mismo en el lenguaje infantil. Con cada ruido que le recordaba el sonido de los golpes, como por ejemplo el de golpear una alfombra, por defensa y espanto entraba en un estado de descontrol y desborde total. Luego de un periodo de análisis especialmente trabajoso se impuso bruscamente la masturbación, que hasta entonces había permanecido completamente reprimida. La masturbación practicada entonces podría ser considerada como satisfacción perversa, ya que se efectuaba exclusivamente con la fantasía de que la analizante era golpeada. A partir de eso desapareció completamente la sensibilidad por las palabras y los ruidos relacionados con los golpes, podían ser tratados del mismo modo que cualquier otra palabra o ruido banal. La fobia nuevamente había sido sustituida por la perversión de cuya

4 Presenciar *{miterleben}*, literalmente compartir una experiencia} escenas reales de golpes en el colegio despertaba en el niño observador un sentimiento de excitación peculiar, probablemente ambivalente, en el cual el rechazo tenía un rol importante. En algunos casos la experiencia real de la escena de golpes era vivida como intolerable. Cf. Freud, “Pegan a un niño”.

represión había surgido. Durante el prolongado proceso de represión iniciado recién después de la pubertad, como también durante ese momento del trabajo analítico en el cual la represión nuevamente había sido revertida, se dieron estadios intermedios donde difícilmente se podría haber dicho con seguridad si se estaba en presencia de un síntoma neurótico o de una forma de satisfacción perversa.

Una mezcla semejante parece darse con bastante frecuencia; así, un analizando masoquista, que por lo común no se conformaba con fantasías, sino que avanzaba hacia la concreción real del acto, no podía pronunciar sin un vivo horror una palabra del dialecto infantil que señalaba su instrumento de tortura preferido.

En otro caso, un analizante refería haber sido acometido, camino a casa, luego de su primer coito que transcurrió muy satisfactoriamente, por un irresistible impulso (*Drang*) a masturbarse en la calle con el pene desnudo. Encontró como estrategia pararse en una barrera ferroviaria, cuando ya estaba oscuro, y masturbarse ante el tren que pasaba, o sea ante los ojos de muchos espectadores, pero sin ser visto, y menos aún reconocido por nadie. En toda su vida no se había presentado ninguna irrupción de su tendencia exhibicionista. A mi tratamiento acudió debido a una impotencia de origen psíquico, acompañada solamente por un síntoma secundario, prácticamente insignificante: la incapacidad de orinar en presencia de otros, por ejemplo, en un baño público. La satisfacción perversa se había transformado, entonces, en inhibición neurótica. En el análisis soñaba repetitivamente que se exhibía delante de escolares —de los que él era el maestro—.

Un eslabón intermedio de importancia teórica y práctica creo haber encontrado en los así llamados “toxicómanos”, es decir, en los alcohólicos, cocainómanos, morfinómanos y dependientes del fumar o masticar. En estos casos es tan manifiesto lo compulsivo, la subyugación del individuo por las fuerzas libidinales separadas del yo, que frecuentemente han sido considerados entre las neurosis obsesivas. Por otro lado, tienen en común con la perversión que no se trata, como en el caso del síntoma obsesivo, de un ceremonial indiferente para la conciencia —o más frecuentemente aún, de algo desagradable, sin sentido, que roba el tiempo—, sino de un acto de satisfacción

incuestionable. Pero que esta satisfacción haya sido desplazada del verdadero y originario camino sexual sobre algo inofensivo, no perteneciente a la vida sexual infantil, y tenga entonces el carácter de una satisfacción sustitutiva para un placer sexual ahora reprimido, no accesible, aproxima la toxicomanía al síntoma neurótico.

Un analizante que había consumido opiáceos durante mucho tiempo en forma oral, pero nunca morfina, me contó cómo se interrumpió ese hábito. En cierta oportunidad, después de la ruptura de una relación que había tenido con la esposa de un compañero, comenzó a consumir durante algún tiempo morfina inyectándose. Sabía que el marido de esta mujer era morfinómano y se la inyectaba. Le aclaré que manifiestamente, con la intención de autocastigo, se había identificado con el “tercero perjudicado”. Acto seguido, se le ocurrió otro episodio de su vida en el cual sufrió transitoriamente de fobia a la sífilis; también esto ocurrió en oportunidad de la ruptura de una relación con la mujer de otro, quien en ese momento ya había enfermado manifiestamente de parálisis sifilítica. La relación con el tercero perjudicado también aquí está al alcance de la mano. Con la repetición de la misma situación, y de acuerdo al material que tenía a su disposición, había reaccionado una vez con una toxicomanía, o más precisamente con un cambio característico en una toxicomanía preexistente, y la otra vez con un síntoma neurótico, una fobia. Este hecho, a mi entender, muestra suficientemente la semejanza de la infraestructura psíquica de ambos fenómenos.

Con la introducción de las toxicomanías como una suerte de “eslabón intermedio” podemos establecer, entonces, una serie continua, ubicando en un extremo la satisfacción perversa y en el otro el síntoma neurótico.

Un elemento aislado de su contexto

El análisis de la fantasía “Pegan a un niño” realizado por Freud — que por el momento aporta el más profundo esclarecimiento de un modo de satisfacción perversa — nos permite detectar otro rasgo instructi-

vo. Vemos que en los tres estados por los que atraviesa esta fantasía (1. el padre pega al niño odiado por mí, 2. el padre me pega a mí, 3. un niño es golpeado) casi todo se modifica: la persona golpeadora, la persona golpeada, también la motivación, que primeramente surge del odio envidioso contra el rival, y luego del sentimiento de culpa por el deseo incestuoso del que el 'ser golpeado' representa el sustituto regresivo. Pero un elemento es constante. Aunque en forma pálida y desdibujada, aparece ya en la primera etapa, pasa a la segunda y permanece en la tercera, que es susceptible de conciencia: se trata de la representación del ser golpeado, y justamente a esta se anuda el placer perverso que conduce de manera casi compulsiva al onanismo.

De acuerdo a mi experiencia, en otras perversiones las cosas se dan de la misma manera; su desarrollo hasta la pubertad y más allá de esta es cambiante, el escenario y las personas de la fantasía se modifican, pero un elemento preciso (o un pequeño conjunto de ellos) resiste el cambio y aparece entonces como el soporte del placer. Los otros componentes, que en el transcurso del desarrollo son reprimidos por completo, transfieren todo su contenido de placer a este elemento que los representa en la conciencia, de la misma manera que el síntoma neurótico representa la fantasía inconsciente. Estas circunstancias son especialmente claras en el fetichismo, donde solo una parte de un vasto complejo reprimido es conservada en la conciencia, del mismo modo en que tras un recuerdo encubridor inofensivo se oculta lo esencial de la sexualidad infantil reprimida. La diferencia solamente reside en que en el fetichismo un desplazamiento de afecto considerable suelda todo el placer proveniente de la infancia a ese único elemento.

Hace años, Freud informó en la Asociación Psicoanalítica de Viena el caso de un hombre que había quedado fijado a los tobillos y el inicio de las pantorrillas de piernas de mujeres delgadas y feas. Esto remitía a una escena en la cual él estaba sentado delante de su gobernanta inglesa mientras esta le daba clases; debido a una enfermedad en el pie, ella lo había apoyado, sin embargo, decentemente cubierto, sobre un sofá. La curiosidad sexual llevó al niño en su fantasía hacia las partes genitales de la gobernanta: además existía un recuerdo de una vivencia con su hermana, aún más atrás en el tiempo, en la que este deseo seguramente

había sido satisfecho. Todo eso había desaparecido por completo y en su lugar quedaba una imagen anodina como meta del deseo fetichista, inocua pero íntimamente relacionada con lo reprimido.

El carácter bizarro y a veces grotesco de algunas perversiones se debe a que se trata de un fragmento aislado, proveniente de las vivencias infantiles y las fantasías, separado de su contexto y, por tal motivo, incomprensible tanto para el perverso como para los otros. Dichas vivencias infantiles y fantasías celebran su resurrección en ese fragmento, que es como una suerte de memorial.

Me he enterado en el análisis de un hombre serio y cultivado, que solo conocía una forma de satisfacción sexual: cuando escuchaba orinar a una mujer. No importaba quien fuera esa mujer; tampoco sentía deseos de verla, solamente el ruido excitaba su deseo, y cuando quería satisfacerlo iba a cierto baño público donde, según había constatado, era posible escucharlo a través del tabique. Allí se masturbaba, luego de haberse excitado lo suficiente espiando el ruido con los oídos. Tuve que interrumpir este análisis por razones exteriores al tratamiento, pero el material clínico aportado hasta ese momento permite suponer con seguridad que, también en ese caso, se trataba de una reliquia de la curiosidad sexual infantil por el genital femenino.

La perversión se origina, entonces, en que un elemento especialmente idóneo del vivenciar o del fantasear infantil ha sido retenido en la conciencia, salvándose de hundirse en las tormentas del desarrollo, especialmente en las de la pubertad. A este elemento se desplaza la satisfacción perteneciente a la sexualidad infantil, luego de que los restantes representantes de la pulsión sucumbieron a la represión. Ese desplazamiento depende, sin duda, de las pulsiones parciales que se han mostrado dominantes en el desarrollo infantil, ya sea por predisposición o como consecuencia de las facilidades que encontraron para satisfacerse. Apuntalado de esta manera y provisto de una elevada prima de placer, este elemento se muestra suficientemente fuerte como para competir exitosamente con lo genital.

Queda la pregunta: ¿en qué consiste la “aptitud especial” de este elemento?, ¿cuál es la condición de su éxito? Una parte de la respues-

ta ya fue dada: aquel estadio de la organización pregenital al cual el individuo quedó fijado con especial intensidad, tiene que encontrar su expresión corporal allí donde la pulsión parcial dominante puede encontrar su forma de satisfacción específica. Además, podemos afirmar que alguna situación muy particular de este elemento en relación al yo le ha posibilitado escapar de la represión. En el caso de los recuerdos encubridores es su aparente inocuidad, su carácter neutro, lo que los resguarda. También las experiencias sobre las cuales se construye la neurosis obsesiva pueden permanecer como parte de la conciencia, gracias a la separación del afecto del correspondiente contenido de la representación, siguiendo el mecanismo característico de la neurosis obsesiva⁵.

Por el contrario, la satisfacción perversa de ninguna manera le es indiferente o inocua a la conciencia; tampoco se le ha quitado en modo alguno el contenido de afecto, como lo comprueba la elevada ganancia de placer que permanece anudada a ella. Lo que caracteriza a la perversión propiamente dicha debe tratarse entonces de algo diferente, especial.

El mecanismo perverso

Para alcanzar la comprensión de este asunto debemos recordar un hecho cuyo alcance Freud enfatizó en su conferencia presentada en el VII Congreso Psicoanalítico Internacional: que no solamente existen mociones pulsionales reprimidas, inconscientes como consecuencia de su expulsión, sino que también en el yo se encuentran componentes inconscientes. Los dos fenómenos más llamativos de este tipo, la resistencia y el sentimiento de culpa, se explican a partir de que los factores destinados a la represión establecen un contacto tan íntimo con sus oponentes, que ya no pueden mantenerse como susceptibles de conciencia —de la misma manera en que en otros tiempos, debido a su ocupación, eran rechazados de la sociedad decente los alguaciles y los cazadores de ladrones—. Esta observación nos sugiere que

5 S. Freud, "Observaciones sobre un caso de neurosis obsesiva".

detrás de la expresión “conforme al yo” deben esconderse formas y motivos muy diversos de la adaptación.

Nunca debemos olvidar que la represión es un proceso dinámico en el cual no triunfan los argumentos racionales, sino que la organización pulsional más intensa reprime a la más débil, para luego, eventualmente, ser reprimida ella misma en un nuevo estadio del desarrollo. En una lucha de pulsiones semejante triunfa aquella que pueda conceder la prima de placer más elevada; de esta manera una pulsión parcial desarrollada con especial intensidad es también especialmente difícil de vencer.

Y creo que es imposible dominar por completo un donante de placer semejante. Por eso, para tener algún éxito, la represión debe en este caso decidirse a un compromiso: tiene que permitir que se conserve el placer ligado a un “complejo parcial” integrándolo en el yo, vale decir, ratificándolo. Los restantes componentes de ese complejo se dejarán reprimir y mantener bajo represión con tanta mayor facilidad cuanto más hayan sido debilitados por el cambio de bando de su antiguo aliado.

Este recurso de la división por el que un elemento pasa al servicio de la represión al mismo tiempo que introduce en el yo el placer de un período pregenital —mientras que el resto del mismo complejo sucumbe a la represión— parece ser el mecanismo específico de la perversión.

Ahora bien, el trabajo principal y más difícil de la represión consiste en el desprendimiento de la elección de objeto infantil, el complejo de Edipo, y su sucesor, el complejo de castración, que en los últimos tiempos ha capturado más y más el interés de los analistas. De un mecanismo como el que expongo se podrá esperar que juegue un rol destacado en este trabajo esencial de la represión: justamente allí donde la fijación de amor y la lucha de la represión son especialmente intensas, la sujeción de la libido a un grupo de representaciones previas al círculo de la satisfacción genital se ofrece como salida. De esta manera, se entiende que la pulsión parcial no se exprese, sin más, en la perversión, sino que primero haya de atravesar el conflicto

edípico y enlazarse con él por la colaboración prestada en el proceso de represión.

Este mecanismo es notable en la fantasía “Pegan a un niño”. En su forma originaria ella es una emanación del complejo de Edipo que acentúa la posición hostil-sádica hacia el rival. Al igual que muchas fantasías parecidas, podría caer bajo el efecto de la represión, pero, luego de una transformación mínima, adquiere la particularidad de poder constituirse en el medio para la sustitución del deseo edípico genital prohibido por el deseo correspondiente a la pulsión parcial sádico-anal anterior. Una elaboración suplementaria borra todavía los últimos rasgos relativos al complejo de Edipo eliminando los rasgos del padre y del propio sujeto. El producto final es una fantasía perversa susceptible de conciencia y garante del placer.

Nuestro intento de explicación se adecua igualmente bien al caso típico de la homosexualidad masculina: la fijación a la madre es demasiado fuerte como para hacer posible el proceso de desprendimiento normal, y para que este proceso pueda ser logrado en tales circunstancias, la fijación al propio sexo — producto del narcisismo y del retroceso ante la castración — es sancionada e incorporada al yo.

En el caso de exhibicionismo del que hablé anteriormente, el problema del desprendimiento de la madre, así como el hecho de haber tenido relaciones sexuales con una mujer, habían, al parecer, sido las condiciones de esta irrupción súbita y única de tendencias exhibicionistas en este hombre, por así decir, destinado a la impotencia. Concuera con esto el que la primera manifestación de impotencia haya emergido por primera vez con la misma chica, en ocasión en que ambos se bañaban juntos, desnudos en un arroyo.

El mecanismo expuesto permite, además, comprender el pasaje de la perversión a la neurosis, si no perdemos de vista que la represión correspondiente al desarrollo de la organización libidinal es un proceso gradual. Puede entonces suceder con facilidad que el complejo mismo puesto al servicio de la represión caiga bajo la represión en el curso del desarrollo ulterior. Pero también puede ocurrir que el mismo vuelva a emerger favorecido por circunstancias exterior-

res, y entonces, según se ve con frecuencia, como consecuencia de esa ruptura resulta no una neurosis sino una perversión. Esta es, sin embargo, solo en apariencia una neoformación; en realidad, ya había adquirido derecho a la existencia en el momento del conflicto edípico; más tarde, en tiempos más tranquilos, este privilegio le fue retirado y ahora le fue devuelto —al modo en que se devuelve sus títulos de nobleza a un linaje que en su momento lo mereció, pero que después cayó en desgracia—.

Ahora se puede contestar la pregunta: ¿por qué no hay menos neurosis entre los perversos que entre los normales? Lo positivo y lo negativo se componen de la siguiente forma: en la lucha de la represión se aísla un elemento que es incorporado al yo y elevado a la condición de imprescindible para la satisfacción perversa. A pesar de esto, los otros elementos reprimidos pueden permanecer suficientemente fuertes o ser susceptibles de volver a serlo en el transcurso del desarrollo como para imponer un compromiso neurótico. El caso más sencillo, en el que se trata de diferentes fijaciones que son resueltas de distintas maneras, no requiere aquí ninguna mención especial.

También la reducción de la censura en el sueño implica la ampliación de las fronteras del yo respecto de la represión. En consecuencia, resulta sencillo para el trabajo del sueño lograr en un caso particular algo parecido a lo que en general pasa, según acabamos de ver, en el mecanismo de la resolución de conflictos de la represión; esto es, se incorpora al yo un elemento de otra manera destinado a ser reprimido, integrándolo en el contenido manifiesto. El caso citado por Rank⁶, así como también los sueños exhibicionistas del maestro antes mencionado, son buenos ejemplos de cómo sueño y neurosis se corresponden, a la manera en que lo hacen perversión y neurosis. En el sueño de angustia el resultado se anula por un refuerzo de la represión merced a la transformación de los afectos; lo que se impone al yo se manifiesta entonces en primer plano y con total claridad.

6 Rank, O. "Perversión y neurosis".

Una pulsión parcial conduce entonces a la perversión cuando una parte de las representaciones del yo que la pulsión inviste se encuentra en posición excepcional en cuanto al deseo a satisfacer y al placer a obtener, y cuando se logra una alianza entre dicha pulsión parcial y esta parte del yo en el momento de los combates que libra la represión, en particular contra el complejo de Edipo. Es necesario señalar, sin embargo, que este es solo el mecanismo y no el motivo de su predominio. No es solamente por esta alianza que la pulsión parcial prevalece: su elección responde al hecho de que ha sido dotada – sea por predisposición constitucional hereditaria, sea a causa de experiencias particularmente satisfactorias – de una fuerza superior a la normal.